En una lucha de poder, el niño siempre gana

Por Dr. Peter Beddow, BCBA-D



Las luchas de poder están entre los hábitos más comunes que desarrollan los adultos al trabajar con niños en general, no solo con niños con problemas graves de conducta.

Una lucha de poder ocurre cuando un adulto exige que un niño realice una conducta específica o siga una indicación específica, y el niño se niega. El adulto insiste, y el niño sigue negándose. Entonces el adulto aumenta la intensidad de la exigencia o empieza a añadir un castigo encima.

Las luchas de poder pueden parecer discusiones. Pueden verse como un ir y venir entre el adulto y el niño, en el que el niño sigue negándose y el adulto sigue exigiendo. Ninguna de las partes avanza, y la relación se vuelve antagónica.

El propósito de este artículo es afirmar con claridad que, en una lucha de poder entre un adulto y un niño, el niño siempre gana.

Ese es mi planteamiento, y lo propongo como una forma de ver lo que realmente está ocurriendo. No es un resultado de investigación medido. Ningún estudio ha puntuado estas contiendas y ha encontrado que los niños salen ganando todas las veces. Pero lo digo con confianza, por lo que una lucha de poder revela sobre el adulto.

Por qué gana el niño

El niño siempre gana porque, cuando un adulto entra en una lucha de poder con un niño, es señal de que el niño ha obtenido el control sobre la conducta del adulto.

Piense en lo que ocurre en ese momento. El niño se niega. El adulto levanta la voz. El niño vuelve a negarse. El adulto añade una amenaza. Ahora la negativa del niño decide lo que el adulto dice y hace a continuación. El adulto ha dejado de dirigir y ha empezado a reaccionar.

Una lucha de poder siempre representa que el adulto no reconoce su propia autoridad e influencia. También representa que el adulto olvida que existen recursos distintos de discutir y coaccionar para avanzar y restablecer la relación.

Por eso me gusta decir a los adultos: **Nunca discuto con el niño.**

Discutir me pone al mismo nivel que el niño. Convierte una indicación en un debate. Una vez que estoy debatiendo, ya he renunciado a aquello que, desde el principio, hacía que valiera la pena seguir mi indicación.

Lo que dice la investigación sobre estos patrones

Los investigadores llevan mucho tiempo estudiando interacciones como estas, y su trabajo ayuda a explicar por qué es tan fácil caer en las luchas de poder y tan difícil salir de ellas.

El artículo de Hoffman de 1960 en *Child Development* examinó la afirmación de poder por parte de los padres y su impacto en los niños. Décadas después, Bugental y Happaney (2000) describieron la interacción entre padres e hijos como una contienda de poder. Esa línea de trabajo trata estos intercambios como un patrón bidireccional, en el que el adulto y el niño se influyen mutuamente.

La teoría de la coerción plantea algo similar. Según el resumen de Moed (2024), la teoría de la coerción describe cómo padres e hijos se «entrenan» mutuamente con el tiempo de maneras que aumentan la probabilidad de agresión en los niños y disminuyen el control de los padres sobre esa agresión. Moed propone ampliar la teoría para incluir las emociones que experimentan los padres como parte de lo que mantiene en marcha los ciclos coercitivos. Una revisión de 2004 en este campo propuso un modelo de coerción en la primera infancia centrado en aclarar las reciprocidades entre padres e hijos en los primeros años.

Esta investigación no demuestra que «el niño siempre gana». Lo que sí respalda es la idea de que estos intercambios son recíprocos, que se construyen con el tiempo y que las reacciones del adulto forman parte del ciclo. Eso encaja estrechamente con lo que digo: cuando el adulto se ve arrastrado a la pelea, la conducta del niño está moldeando la conducta del adulto.

Cómo empiezan las luchas de poder: su sí y su no

Las luchas de poder suelen surgir después de que los adultos han demostrado, con el tiempo, que no siempre cumplen sus promesas. Su sí no siempre es sí, y su no no siempre es no.

Por eso digo a los adultos: **su sí no siempre es sí, y su no no siempre es no.** Y los niños se dan cuenta.

Ahora, cuando un adulto da una indicación, el niño tiene pruebas, por experiencias anteriores, de que el adulto quizá no la haga cumplir. Puede que el adulto no tenga la fortaleza emocional para mantenerse firme. Puede que el adulto no recuerde por qué dio la indicación en primer lugar. Y cuando la conducta del niño se intensifica, el adulto busca una forma de salir de esa escalada.

Ese momento de escalada es en realidad una oportunidad. Es la ocasión de mostrarle al niño que usted dice las cosas en serio, que no usa las palabras a la ligera y que las palabras que usa tienen significado.

Si el adulto cede cuando el niño sube el tono, el niño aprende que subir el tono funciona. Si el adulto también sube el tono, el niño aprende que puede arrastrar al adulto a una pelea. En cualquiera de los dos casos, el niño ha obtenido control sobre lo que hace el adulto.

La respuesta es ser un adulto cuyas palabras sean confiables. Cuando digo algo, lo cumplo. Cuando doy una indicación, lo he pensado antes, recuerdo por qué la di y estoy preparado para sostenerla con calma.

«Puedo esperar»

Mi frase favorita para usar con un niño, en lugar de entrar en una lucha de poder, es **Puedo esperar.**

No tengo que coaccionar a un niño para que haga lo que se supone que debe hacer. El niño siempre es libre de negarse a la indicación de un adulto. No puedo obligar a un niño a seguir mi indicación.

Quizá podría mover físicamente el cuerpo del niño para que realice los movimientos de seguir una indicación. Pero si la voluntad del niño no participó, lo único que habré hecho es crear un incidente punitivo que debilita la relación entre ese niño y yo.

El único cumplimiento real se da cuando un niño elige seguir la indicación de un adulto. **El cumplimiento forzado no es cumplimiento.**

En nuestro trabajo no usamos la palabra cumplimiento. Tampoco usamos la palabra desafío. Esas palabras presentan al niño como alguien que obedece o se rebela, y presentan la tarea del adulto como conseguir obediencia. Esa es una imagen equivocada. **Los niños son libres de elegir.**

Sí queremos que los niños hagan lo que se supone que deben hacer. Pero no creemos que sea necesario coaccionarlos.

Lo que hacemos en su lugar

En lugar de la coerción, ofrecemos abundantes oportunidades a lo largo de cada día para que los niños disfruten de cosas enriquecedoras, emocionantes e interesantes. Hacen cosas divertidas y tienen actividades interesantes. Cantan canciones, juegan, crean cosas, aprenden cosas, hacen cosas nuevas y pasan tiempo con sus amigos. Ocurren cosas graciosas.

Cuando un niño no está haciendo lo que se supone que debe hacer, esas cosas simplemente no están disponibles.

No se las quitamos como si el niño hubiera hecho algo para enojarnos. No se está imponiendo ningún castigo. Simplemente hacemos que la participación dependa de que el niño escuche las voces de los adultos.

Y siempre tenemos cuidado de no exigir ni obligar a los niños a hacer cosas que les hagan daño o que les causen sufrimiento. Simplemente les pedimos que permanezcan con nosotros y que intenten participar en las actividades que hemos preparado para ellos.

Así que, cuando un niño elige no hacerlo, o se niega, podemos decir: «Puedo esperar».

Mientras esperamos, el niño permanece en la situación que él mismo ha creado. Esa situación es menos interesante, menos emocionante, menos colorida, menos vibrante y tiene menos relación. El niño puede permanecer en ella todo el tiempo que necesite, hasta que esté listo para volver a la relación con los adultos, donde pueden volver a ocurrir cosas emocionantes.

Cómo se comporta el adulto mientras espera

Durante este proceso, el adulto no está enojado. El adulto no está frustrado.

El adulto es comprensivo y compasivo. El adulto usa la escucha activa y la comunicación reflexiva para entender lo que siente el niño y para ayudar a razonar con él. El adulto puede nombrar lo que el niño parece estar sintiendo, o repetir lo que el niño ha dicho, para que el niño sepa que se le escucha.

Pero nunca es con el propósito de coaccionar. La escucha es real. No es un truco para que el niño ceda.

Esto es importante. Esperar no es un enfrentamiento frío. El adulto está presente, tranquilo y cálido. Simplemente, el adulto no necesita ganar nada, porque no hay pelea.

Autoridad sin coerción

Las luchas de poder construyen un historial de interacciones punitivas entre adultos y niños. Construyen un historial de interacciones antagónicas.

Las luchas de poder son peleas. Y cuando un adulto pelea con un niño, se da a entender que el adulto y el niño están en igualdad de fuerzas.

La realidad debería ser que el adulto tiene todo el poder, y que el único poder que tiene el niño es el que el adulto le permite.

Esa frase puede sonar dura si se malinterpreta, así que quiero dejar claro lo que quiero decir.

Qué es la autoridad y qué no es

Cuando hablo de la autoridad del adulto, me refiero a que el adulto sea firme, confiable y esté a cargo del entorno. El adulto decide qué actividades se ofrecen, cuáles son las expectativas y qué está disponible cuando un niño no participa. El adulto cumple sus promesas. El adulto no se deja arrastrar a discusiones.

La autoridad, en este sentido, es distinta del castigo. Es distinta de la fuerza física. Es distinta de la humillación, las amenazas o la vergüenza. Es distinta de intentar controlar lo que un niño piensa y siente. Y es distinta de la crianza autoritaria, en la que el adulto se apoya en la dureza y exige obediencia sin calidez.

La investigación ayuda a aclarar esta distinción.

Barber (1996) escribió sobre el control psicológico parental, que describe como un control que restringe, invalida y manipula la experiencia y la expresión psicológica y emocional de los niños. Lo distinguió del control conductual. En sus estudios, el control psicológico, especialmente tal como lo percibían preadolescentes y adolescentes, predijo de forma constante problemas internalizados en los jóvenes, como la depresión, y en algunos casos problemas externalizados, como la delincuencia. Soenens y Vansteenkiste (2010) propusieron una actualización teórica del concepto de control psicológico basada en la teoría de la autodeterminación.

Dos grandes metaanálisis de Pinquart apuntan en la misma dirección. A partir de 1015 estudios, Pinquart (2016) encontró que la calidez parental, el control conductual, la concesión de autonomía y la crianza autoritativa mostraban asociaciones negativas de muy pequeñas a pequeñas con los síntomas internalizantes, mientras que el control severo, el control psicológico, la crianza autoritaria y, en parte, la crianza negligente se asociaban con niveles más altos de síntomas internalizantes. A partir de 1435 estudios, Pinquart (2017) encontró un patrón similar para los problemas externalizantes. El control severo, el control psicológico y la crianza autoritaria, permisiva y negligente se asociaron con más problemas externalizantes, con las asociaciones más fuertes en el caso del control severo y el control psicológico. Ambos metaanálisis también encontraron algunas asociaciones en ambas direcciones a lo largo del tiempo, lo que significa que las dificultades de los niños y la conducta de los padres se influyen mutuamente.

Kuppens y Ceulemans (2018), en un estudio con 600 familias flamencas con hijos de 8 a 10 años, encontraron que tener padres autoritativos o autoritativos positivos se asociaba con los resultados más favorables, mientras que tener padres autoritarios coincidía con los resultados menos favorables. Un estilo de crianza intrusivo también se asoció con peores resultados, aunque en menor medida que el estilo autoritario.

Estas son asociaciones. No demuestran que un enfoque concreto cause un resultado determinado, y no ponen a prueba mi enfoque directamente. Pero son coherentes con la línea que estoy trazando. La calidez, una estructura clara y el espacio para la autonomía tienden a ir de la mano de mejores resultados. La dureza, la manipulación y el control emocional tienden a ir de la mano de peores resultados.

Así que, cuando digo que el adulto tiene todo el poder, no quiero decir que el adulto deba usarlo con dureza. Quiero decir que el adulto nunca debería necesitar pelear, porque ya controla el entorno y puede permitirse ser paciente y amable.

Los niños necesitan libertad, no poder

Sí queremos que los niños tengan independencia y agencia. Queremos que tengan oportunidades de abogar por sí mismos y de elegir. Esas cosas son buenas y deben crecer a medida que los niños crecen.

Pero no queremos que los niños vivan una situación, en la escuela o en casa, en la que el niño tenga poder sobre los adultos o sobre las demás personas de ese entorno.

Los niños no necesitan poder. Necesitan libertad, elección, independencia, disfrute, amor y aprendizaje.

El poder no es algo que los niños puedan manejar a lo largo del tiempo. Podemos darles cada vez más autoridad sobre distintos aspectos de su vida a medida que maduran. Pero mientras criamos y enseñamos a los niños, tenemos autoridad sobre ellos. Tenemos influencia sobre ellos.

Estas palabras significan cosas distintas, y la diferencia importa:

• **Elección** es que el niño decida entre opciones, incluida la opción de negarse.

• **Independencia** es que el niño haga más cosas por sí mismo.

• **Agencia** es que el niño actúe según su propia voluntad y hable por sí mismo.

• **Autoridad** es la responsabilidad del adulto de establecer el entorno y cumplir su palabra.

• **Influencia** es la relación y la confianza que hacen que los niños quieran seguir a un adulto.

• **Coerción** es intentar que un niño haga algo mediante la fuerza, la presión, las amenazas o el castigo.

Los niños deberían tener mucho de las tres primeras. Los adultos deberían mantener con firmeza las dos siguientes. Y la coerción no tiene lugar en la relación.

Lo que una lucha de poder le dice al niño

Una lucha de poder le dice al niño que hemos perdido autoridad. Le dice al niño que no tenemos la capacidad de controlar el entorno.

Ese es un mensaje que asusta a un niño, aunque parezca que el niño está ganando. Un niño que puede empujar a un adulto a una pelea aprende que los adultos que lo rodean no son estables. Con el tiempo, ese niño aprende a seguir presionando.

La alternativa es sencilla, aunque requiere práctica. Diga las cosas en serio. Mantenga su sí como sí y su no como no. Haga que las cosas buenas del día sean realmente buenas, y deje que dependan de que el niño permanezca con usted. Cuando un niño se niegue, mantenga la calma, sea amable, escuche y diga: «Puedo esperar».

Nunca discuto con el niño. No lo necesito. El niño es libre de elegir, y yo soy libre de esperar.

Referencias

Hoffman, M. L. (1960). Power Assertion by the Parent and Its Impact on the Child. *Child Development*. https://doi.org/10.2307/1126389

Bugental, D. B., & Happaney, K. (2000). Parent–Child Interaction as a Power Contest. *Journal of Applied Developmental Psychology*. https://doi.org/10.1016/S0193-3973(99)00038-6

Barber, B. K. (1996). Parental Psychological Control: Revisiting a Neglected Construct. *Child Development*. https://doi.org/10.2307/1131780

Kuppens, S., & Ceulemans, E. (2018). Parenting Styles: A Closer Look at a Well-Known Concept. *Journal of Child and Family Studies*. https://doi.org/10.1007/s10826-018-1242-x

Pinquart, M. (2016). Associations of Parenting Dimensions and Styles with Internalizing Symptoms in Children and Adolescents: A Meta-Analysis. *Marriage & Family Review*. https://doi.org/10.1080/01494929.2016.1247761

Pinquart, M. (2017). Associations of parenting dimensions and styles with externalizing problems of children and adolescents: An updated meta-analysis. *Developmental Psychology*. https://doi.org/10.1037/dev0000295

Soenens, B., & Vansteenkiste, M. (2010). A theoretical upgrade of the concept of parental psychological control: Proposing new insights on the basis of self-determination theory. *Developmental Review*. https://doi.org/10.1016/j.dr.2009.11.001

Moed, A. (2024). An emotion-focused extension of coercion theory: Emerging evidence and conceptualizations for parental experienced emotion as a mechanism of reinforcement in coercive parent–child interactions. *Child Development Perspectives*. https://doi.org/10.1111/cdep.12497

Scaramella, L. V., & Leve, L. D. (2004). Clarifying Parent–Child Reciprocities During Early Childhood: The Early Childhood Coercion Model. *Clinical Child and Family Psychology Review*. https://doi.org/10.1023/B:CCFP.0000030287.13160.a3

Seguir aprendiendo

Open the companion resource and choose the next practical step.

https://accessiblebehavior.com/go/in-a-power-struggle-the-child-always-wins-es

Sobre el autor

Teacher at heart, behavior analyst, and writer, Dr. Peter Beddow has spent more than two decades helping children, families, and school teams navigate autism, behavior, trauma, and learning differences with clarity, structure, and hope. He studied English Literature and Creative Writing at Middlebury College and earned a PhD in Special Education from Vanderbilt University's Peabody College, where his work focused on fairness, learning, and access in assessment. Peter has worked as a teacher, special educator, clinical director, consultant, and board certified behavior analyst in homes, schools, and clinics. He founded Accessible Hope, a Nashville-area practice supporting diverse families, and writes and teaches practical, humane approaches to behavior and learning.

Alcance y seguridad

This article provides general educational information. It is not individualized medical, behavioral, mental-health, legal, or emergency advice. Individual support should consider the learner's communication, health, safety, disability-related needs, culture, and context.

Cómo citar este recurso

Beddow, P. (2026). En una lucha de poder, el niño siempre gana. Accessible Behavior. https://accessiblebehavior.com/go/in-a-power-struggle-the-child-always-wins-es

Copyright © 2026 Accessible Behavior. Todos los derechos reservados.

Artículo publicado: https://accessiblebehavior.com/resources/in-a-power-struggle-the-child-always-wins-es/